

LA TEOLOGIA Y LA NOVELA

Juan Santos Gaynor

Yo creo que la novela es, en la actualidad, el vehículo que más eficiente resulta para llevar la teología y la filosofía al gran pueblo. Las teologías y las filosofías propiamente dichas, los tomos eruditos, son leídos por los filósofos y los teólogos profesionales, los cuales si no están de acuerdo con las tesis, publican a su vez otro tomo y así la controversia grave y medida prosigue lentamente, pero sólo llega a interesar a un sector aquí y a un sector allí, pensadores internacionales que tienen un idioma y una terminología en común.

Siempre hay momentos en que la humanidad doliente de las plazas y las calles y los campos se vuelve angustiada hacia las cátedras de los teólogos y de los filósofos, para pedirles alguna luz y algún consuelo. Acaece que muchas veces los hombres letrados no han podido hacerse entender de las gentes que, desengañadas, buscaron luz en otras partes. Sin embargo el hereje Arrio en el siglo IV, supo popularizar su teología hasta el punto que los changadores y los obreros de los puertos canturriaban versitos en que se señalaba a la luz del día el oscuro error doctrinal de los homoiusianos. Tiene que haber preexistido el interés popular en la cuestión dogmática desde que llegó a debatirse en todos los ambientes. Otro tanto pasó en el siglo XVI cuando los reformadores se convencieron y quisieron convencer a la Europa cristiana de que la libertad humana es una ilusión inexistente.

Uno tiene la sensación de que existe, en nuestra época, un estado de ánimo popular parecido al del siglo IV. La masa humana se debate en una bajamar impresionante, después de la alta marea del cientificismo y el progreso que contentó a los espíritus en las dos generaciones anteriores a la nuestra. El motor a explosión interna cede lugar al avión a chorro, la radiotelefonía se transforma en televisión, el trinitrotolueno es reemplazado por la reacción nuclear; pero el descontento humano aplacado momentáneamente por los descubrimientos anteriores, resurge inconsolable. La masa de los hombres vuelve a exigir una solución espiritual de sus angustias. El apetito de lo divino en el hombre ya no encuentra más satisfacción en las victorias materiales. Vuelve a apetecer lo espiritual.

Observemos la tendencia espiritualista de la literatura inglesa con-

temporánea; específicamente, la *novela* inglesa de nuestro tiempo. (Porque la novela, vuelvo a insistir, se va convirtiendo en el vehículo más conveniente para todos los mensajes que se quiera hacer llegar a la masa). En Somerset Maugham, Joseph Priestley, James Hilton, autores de larga y difundidísima producción, *best-sellers* en todos los continentes, yo encuentro una actitud y una filosofía muy distintas a la generación de Meredith y de Wilde. Maugham, Priestley y Hilton escriben en el otoño de la civilización progresista y aunque no han abandonado la esperanza de un mundo mejor que contenga (¡si los hombres supieran encontrarlo!) el remedio de sus propios males, puesto que lo buscan, al igual que los naturalistas en la empírica de la naturaleza, dan sin embargo una fuerte sensación de decadencia. Es el jardín otoñal perfumado con las últimas rosas, pero en forma inconfundible allí se respira también el hedor de la hojarasca que se descompone y se pudre. Son testigos, ellos; testigos no sólo de lo que han visto, sino también del vacío que existe debajo de la hermosa superficie.

La teología cristiana enseña que el pecado original es un hecho de orden ontológico, una realidad tan grande como el engendramiento que es su concomitante. Enseña asimismo esa teología que la gracia, correctivo del pecado original, es una realidad de orden físico, cuya presencia o ausencia se denuncia en el concierto ontológico de las cosas. Sin la gracia no se puede, insiste la teología, vivir largamente en paz, ni consigo mismo ni con el Creador, ni con el orden de este mundo.

La masa humana de nuestra época añora la gracia sin tener conciencia de su carencia. Los inventores, los estadistas y la filosofía naturalista de la vida han hecho cuanto han podido, colmando sus posibilidades y sin embargo la angustia humana crece. Algo falta y ese algo es la gracia y la generación anterior de los novelistas de lengua inglesa explicaba su carencia al gran público.

¿Que falta algo? Yo desprendo ese significado de las obras de John dos Passos, James T. Farrel y más positivamente aún en la obra del maestro de todos ellos, en James Joyce y su *Ulises*. El *Ulises* clásico viajó por muchos mares y su vida fué aventura. El pobre *Ulises* de nuestros días viaja sin fin por las ciudades de ladrillo y cemento, preso en la correntada de la conciencia, sin timón y sin gobierno.

La escuela contemporánea de los novelistas espiritualistas ingleses propone fijarle un punto de regreso a nuestro *Ulises*; ese punto es: la unión con Dios por la gracia.

Consideramos a Evelyn Waugh (*a Handful of Dust; Vile Bodies; Put out More Flags; Black Mischief; Brideshead Revisited*). Los valores humanos se desmoronan progresivamente; la honestidad, la convivencia, el

patriotismo, el sentido de la familia, todo lo que dignifica la condición humana se va convirtiendo en polvo, polvo vil, *a handful of dust*. La familia de Lord Marchmain se despedaza y se destruye por un movimiento centrífugo que aparece como resultado de una explosión interna de la familia misma; este Lord en *Brideshead Revisited* se apresta a morir impenitente; su hija se propone colocar una losa definitiva sobre los restos de su religiosidad; el novio de ella se dispone a pronunciar su sentencia final contra Dios. Son gentes visiblemente carentes de la gracia. Y sin embargo la obtuvieron a través de los signos físicos que Dios ha puesto en el mundo para ellos; el Lord moribundo y la cajita metálica en manos del tosco cura de aldea; el protagonista y la rústica lamparita roja que alumbraba siempre entre las viejas piedras.

Graham Greene tiene la visión de la lucha eterna entre la virtud y el vicio en el fondo de las almas humanas. Pinkie en *Brighton Rock*; el sacerdote mejicano en *The Power and the Glory*; Scobie en *The Heart of the Matter*: estos personajes son el teatro de la lucha y sus vicios y sus virtudes se mueven en el escenario como seres ontológicos que son. Las virtudes de los personajes de Graham Greene son las teologales, majestuosas, sobrenaturales, que se elevan por encima del hombre y de todo lo creado y rematan en el Dios Revelante que incompresiblemente se ha dignado dirigirnos la palabra y comprometerse con nosotros y amarnos (¡oh, misterio!).

El hombre que ha oído la Voz no puede vivir como el que no la ha oído. La maldad de Pinkie es distinta de la maldad de sus compañeros y de la de la mujer que lo persigue hasta descubrirlo. Es distinta ontológicamente y es peor. Así la maldad de Occidente, la maldad de las sociedades bautizadas (¡Rusia es una sociedad bautizada!) es distinta y es peor que toda otra maldad en este mundo. Y el remedio de esa maldad no está sino en las virtudes que siempre sobreviven, de alguna manera; como un cacharro en el detritus de una civilización fenecida.

Greene y Waugh son autores de fama mundial. Hay un autor norteamericano poco conocido que en una obra suya se ha puesto a la altura de ellos: es Harry Sylvester y su obra *Dayspring*, cuyo argumento es interesantísimo. El protagonista es un antropólogo que, para poder estudiar de cerca los ritos secretos de los Penitentes en el Sudoeste de los Estados Unidos, se hace bautizar sin tener fe, sacrílegamente. Pero ese bautismo es un sacramento válido que ha impreso el carácter, el cual es exigitivo de gracia. El antropólogo con mucha extrañeza comprueba que sus impulsos anímicos tienen ahora una orientación nueva, dirigida hacia el bien (gracias actuales en el lenguaje teológico). No es fácil *describir* el proceso de la gracia actual en las almas humanas y no conozco ningún autor moderno que lo haya logrado mejor que Sylvester en esta obra.

Waugh, Greene y Sylvester son novelistas cuyas obras llegan a muchas manos que no recogerían un denso tomo de teología. Repito que en nuestro momento la novela de tipo espiritualista se ha convertido en el vehículo más a mano para llevar la teología a la masa humana. Mejores vehículos hubo en el pasado; mejores habrá en el futuro tiempo. Pero nosotros vivimos hoy.